

aceptación de la tesis social católica, permitida y exigida por las circunstancias. A ello se añade su particular temperamento, el suyo y no el de otros que defendían lo mismo que él. No fue partidario de los hechos consumados, máxime viendo lo inestabilidad política y los pronunciamientos liberales. Secundario era que las circunstancias de la ciudad de Osma no fuesen similares a las de Madrid, siendo así que Lagüera debía de regir a los fieles de la diócesis de Osma y no a todos los católicos españoles.

Este libro es apasionante. Sin duda se debe agradecer a la autora su trabajo. Sólo me queda desear al lector que saboree la biografía de un interesante obispo de la España contemporánea, las polémicas del momento, y el complejo desarrollo de parte de la política decimonónica en nuestro país.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

***Javier Paredes: FÉLIX HUARTE (1896-1971).
UN LUCHADOR ENAMORADO DE NAVARRA*** (*)

El autor, acostumbrado al género de la biografía desde su investigación sobre el político liberal navarro Pascual Madoz (1982), presenta ahora la vida empresarial y política, cuajada de realizaciones, de ese navarro que apostó por la industrialización y la modernización económica de España y Navarra, primero desde su actividad como empresario, y, después, en 1964, desde su cargo de vicepresidente de la Diputación Foral de Navarra, aunque personalmente careciese de temperamento *político*. Ese personaje fue Félix Huarte.

Todo ello anima al lector a adentrarse en este libro con el detenimiento que merecen las más interesantes investigaciones y biografías, aparte de la actualidad y significación de los contenidos.

(*) Editorial Ariel, Barcelona, 1997, 508 págs.

Las fuentes.—Las fuentes utilizadas permiten al autor “restaurar la persona con todos los fragmentos por pequeños que estos sean”, cumpliendo así los requisitos del buen historiador.

A las obras y realizaciones del protagonista se suman las fuentes escritas y orales. Estas abarcan los archivos oficiales pero, sobre todo, el archivo particular del propio biografiado, y numerosas entrevistas que el autor ha mantenido con variadas personas próximas al empresario, y que viven hoy día. Si esta historia oral justifica ampliamente la inserción de extensos documentos-testimonio sobre el biografiado, también puede decirse que algunas interpretaciones del autor necesitan un apoyo más sólido que dichos testimonios (*v. gr.*, el de López Cancio).

No cabe duda que la lectura de esta biografía hace recordar muchos nombres propios que los de mi generación hemos oído de pequeños en nuestras casas, y que en ciertos casos hoy se nos representan como un mundo alejado por el obligado paso del tiempo.

Los testimonios otorgan a esta biografía el sabor de los vivos, y al biografiado una singular fuerza, rebosante de humanidad y plenitud. No en vano, Félix Huarte falleció hace un *puñadito* de años, en 1971, en pleno auge de ese desarrollo en Navarra, a favor del cual volcó sus múltiples afanes y su gran actividad humana y económica. La huella de don Félix llega hasta nosotros. En este sentido, el hecho que el desarrollo de Navarra no pueda indentificarse con Félix Huarte, no desmerece lo más mínimo el impulso que él le otorgó.

En relación con la continuidad histórica, personalmente creo que la industrialización y modernización material de Navarra más que ser puente o bisagra entre dos épocas históricas diferentes y aún contrapuestas, expresan unas nuevas condiciones de vida que no tienen que implicar ruptura. Estas condiciones surgieron parcialmente por influencia del llamado *desarrollismo* de aquella España en la que Navarra se insertaba con pleno derecho.

Javier Paredes refleja moderadamente su propia perspectiva e interpretación, y establece una crítica *implícita* —a veces algo cruda y radical— a esa Navarra que personalmente puedo denominar *constitutiva*, identificada por el autor con *la de siempre*. A

dicha interpretación se añade la reinterpretación del pasado que suponen las entrevistas y testimonios orales mencionados. A pesar de esta limitación, dichos testimonios hacen posible una narrativa rica en contenidos que interpelan la realidad, y un estilo ágil que facilita la lectura de este extenso volumen.

El marco.—En varias ocasiones, en la segunda parte de este libro, el lector puede advertir una excesiva ampliación del marco de la biografía e incluso una recurrencia en los contenidos, al analizarse con gran detenimiento y lujo de detalles el tránsito del aislamiento de España hasta su desarrollo, las condiciones sociopolíticas del régimen franquista, y la realidad socioeconómica y política de Navarra durante el siglo XX. El autor, quizás advirtiendo la extensión que ocupan estos interesantes temas, justifica varias veces la ampliación de dicho marco. A pesar de ello, la narrativa no se pierde en cuestiones secundarias o baladíes. De todas maneras, la amplitud del marco navarro se justifica más que el nacional, debido a la vocación navarra de Huarte y a su cargo de vicepresidente de la Diputación Foral.

Los contenidos.—La primera parte del libro —dos capítulos— desarrolla, con gran humanidad y simpatía, los años de niñez y juventud del protagonista, y los mil avatares de las empresas de construcción de Huarte. Estas empresas realizaron numerosas obras públicas durante la II.^a República, la guerra civil y la España posterior, hasta culminar en el llamado *Grupo Huarte*. En 1971, cuando fallecía don Félix, el Grupo estaba formado por la abrumadora cantidad de unas 70 empresas de todos los ramos de la producción, con un total de 17.611 trabajadores, cifra esta muy elevada para entonces.

Desde esta perspectiva, el autor entra, con delicadeza, en la vida y pasión, puesta al servicio de los demás, de este empresario de proyección nacional. Presenta la vida de Félix Huarte arraigada en su Navarra natal, a la que sirvió con fervor, pero también su proyección empresarial más allá de la *muga*, en el ámbito nacional. Con profesionalidad de historiador, describe la ardua trayectoria de un hombre que se hizo a sí mismo, desde cero,

hasta levantar un gran coloso industrial bajo su firma, y llegar a ocupar después el máximo cargo político en la Diputación Foral de Navarra. El autor deja bien sentado, no sin reflejar cierta identificación personal que, en su intensa vida profesional, don Félix siempre buscaba lo mejor y la obra bien hecha, movido por un afán creador y de servicio.

Este libro no pretende realizar la historia de las empresas de Huarte, ni una historia económica de Navarra, aunque va más allá del marco de la estricta biografía, quizá para justificar esta desde un mayor alcance. A la vez que explica la biografía de Félix Huarte, el autor profundiza en diferentes aspectos estructurales de carácter social, económico y político, y, sobre todo, en los elementos constitutivos del sustrato de mentalidades de una época con peso y reposada. Ello anuncia la segunda parte.

La segunda parte —otros dos capítulos de mayor extensión y densidad— explica el impulso y la transformación, llamada *desarrollismo*, de los diferentes aspectos sociales, económicos y políticos de España y de Navarra durante el siglo XX. A Huarte se debió el que Navarra, que debido a su autonomía foral tuvo que desarrollar el reto industrializador por sus propios medios, anduviese un camino paralelo al *desarrollismo* en España, sin perder así lo que impropriamente podría llamarse el *tren de la historia*. Puede destacarse como *un hecho* el que, por influencia de la industrialización, se modificasen *parcialmente* las formas y ritmo tradicionales de vida, así como los valores, actitudes, y mentalidades más arraigadas en Navarra. Destacar esto es importante, pues la industria no fue el único de los factores del cambio parcial en la mentalidad de los navarros.

El autor se topa con aquellas mentalidades y actitudes que, en España y sobre todo en Navarra, pudieron —según él— significar un fuerte sustrato *tradicionalista*, del que Huarte participaba como parte activa y responsable de una concreta comunidad humana.

Una vez cumplida su carrera como constructor y gran empresario, y después de su elección como concejal de Pamplona por el tercio familiar, en 1964 Huarte accedió al más alto cargo político de Navarra como era el de vicepresidente de la Diputación

Foral de Navarra. Desde él, "su gestión modeló una nueva Navarra en estas tres dimensiones: desarrollo económico, liquidación del aislamiento del territorio y promoción educativa de los navarros" (pág. 436).

También en esta segunda parte el autor presenta a don Félix con un gran humanidad y cariño. Lo hace gustando alguna forma de identificación personal hacia el impulso renovador de Huarte en relación con el funcionamiento interno de la Diputación y la industrialización de Navarra. Esta identificación, manifiesta a lo largo del libro, tiene lugar, por ejemplo, con ocasión de la polémica que el vicepresidente de la Diputación de Navarra —Huarte— mantuvo con el diputado Amadeo Marco y quienes le apoyaban.

* * *

La interpretación del tradicionalismo.—La segunda parte del libro ya citada quizás sea más sugerente y delicada que la primera. En relación con las interpretaciones que contiene, discrepo de su planteamiento recurrente sobre el *tradicionalismo*.

En primer lugar, nuestro investigador rechaza con insistencia el llamado *tradicionalismo cultural, político y religioso*, remitiéndose para ello en varias ocasiones —rompiendo así el hilo de la exposición— a ciertas interpretaciones de otro autor —el profesor don Gonzalo Redondo— que considero más insuficientes que agudas.

El profesor Javier Paredes no oculta sus preferencias personales en sus interpretaciones implícitas y a veces explícitas, aunque en esto se distancie del criterio de su biografiado. Así, en diversas páginas se presenta al *tradicionalismo* en Navarra como *poco conciliable con la modernidad, la renovación y el progreso en general*. Este talante, que es recurrente, supone una crítica globalizadora a diversos elementos que algunos consideran *distintivos* —aunque no lo sean tanto— de la Navarra tradicional.

De ser verdadera dicha tesis varios hechos resultarían *chocantes*. Tales como la vivencia por Félix Huarte de los aspectos fundamentales del tradicionalismo a la vez que, según este libro,

era el primer modernizador de Navarra. El que los diputados forales, inicialmente opuestos a los planes de Iruarte, aceptasen los planes de este empresario con relativa facilidad, que existiese al menos un acuerdo tácito entre todos los diputados forales en favor de la industrialización, y que el impulso industrial cuajase sin grandes dificultades en la provincia foral. O bien que los dirigentes carlistas (tradicionalistas) promoviesen la candidatura de Huarte (contraria a los hombres del Movimiento o del franquismo), fuesen sus firmes partidarios en las elecciones, defendiesen importantes reformas en el funcionamiento de la propia Diputación Foral, y además fuese un carlista —don Jaime del Burgo— el redactor de no pocos discursos de Félix Huarte.

Opino que la interpretación del autor sufre cierto *desenfoque*, porque no parece adecuado mostrar como emblemático del *tradicionalismo* las posturas circunstanciales de algunos navarros *de alguna manera* contrarios a la industrialización; exagerar el carácter agrario y rural de los tradicionalistas en general en una Navarra con amplio sector primario; identificar el tradicionalismo con *lo de siempre*, identificación contraria al verdadero valor de la tradición según los tradicionalistas; considerar que las grandes novedades no tenían que probar su conveniencia; valorar poco el peso de las circunstancias; confundir el tradicionalismo con el integristo (*v. gr.*, págs. 335, 355); y vincular carlismo y caciquismo como si este último no fuese sobre todo de origen y carácter liberal. Por otra parte, hay afirmaciones no bien probadas, y se exageran las dificultades reales que ha podido haber en las comunidades humanas ante los grandes cambios de finales del siglo xx.

Este libro manifiesta una concepción algo *paradójica* de lo que se llama *tradicionalismo* en Navarra, porque deja constancia de cierta variedad de posturas tradicionalistas como son las de Huarte (págs. 228, 294, 395, 405), los carlistas, y, por último, Amadeo Marco (los llamados *amadeístas*). En este punto parece indicarse que había un tradicionalista malo y otro bueno (pág. 406). Por otra parte, se vincula excesivamente unos hechos, que podrían ser de otra forma, a un tradicionalismo que no era unívoco, que no tenía en todos los lugares los mismos perfiles por no ser

una ideología, y cuyo *traditum* no tenía por qué estar —todo lo contrario— fosilizado.

En resumen, el libro demuestra con claridad que “la vivencia intensa del catolicismo, el sentido foral y su configuración mental tradicionalista, alejaban a Huarte de plan-teamientos tanto totalitarios como liberales” (pág. 405). Por otra parte, si el libro supone una aproximación empírica a lo que fue Navarra, y no sólo a lo que desde las interpretaciones globales del libro podía llamarse los *arcaísmos* y *mitos* sobre el Viejo Reino, también supone un desenfoque de algunos de sus resultados. En este aspecto creo que podría realizarse un mayor esfuerzo por comprender y otorgar a las circunstancias de la vida —al menos— el significado y el peso que merecen en una vivencia *tradicionalista* —no individualista y sí comunitaria— de la vida.

En varias ocasiones, en relación con la “posición intermedia” que aspiraba a la modernización sin perder la concepción tradicional —*tradicionalista*— de la vida (pág. 218), se refleja un empirismo algo exagerado. Este reflejo empirista expresa una simplificación de las actitudes y mentalidades, y cierta disminución de las posibilidades de la libertad humana. No obstante y contradictoriamente, por lo que a ciertos aspectos de la dimensión política se refiere, con la cita de García Escudero y López Rodó se sobreinterpreta —y en opinión de otros se desvirtúa— el “atado y bien atado” del general Franco (pág. 206, nota 92).

No es este el momento de realizar una radiografía del *tradicionalismo* como tema central en el libro, ni de analizar ciertas afirmaciones que considero inadecuadas (págs. 282-300, 334-336) e incluso distorsionadoras (la ilustrada constatación del *simplismo cultural* del pueblo no ilustrado, no científico ni académico [pág. 334], los términos *consideración* y *trabucaire* de la pág. 369, etcétera).

Si Navarra ha perdido, o ha visto rebajadas, ciertas vivencias individuales y comunitarias consideradas como propias, *buenas* y constitutivas, anteriormente a su industrialización, considero que es más defecto de los sujetos o agentes de la historia que

de la propia industria y mejora de las condiciones materiales de la vida. Una cosa es que un hecho predisponga, y otra que señale el único camino a seguir, cerrando toda otra posibilidad real.

Algunas páginas pueden expresar una crítica a las posiciones del autor de *El crepúsculo de las ideologías* (págs. 262-263), a la concepción del Fuero como pacto (págs. 321-322, 352), a cierto denominado "clericalismo" que sobre todo dependía de la sociedad (pág. 407), etc. Se afirma seguidamente que la ley de libertad religiosa de 1967 vulneraba el Estado confesional católico (págs. 219, 228), y también puede precisarse la explicación sobre la situación de los tradicionalistas o carlistas (págs. 254-256, 374, 425). Desde luego, *los de la regencia*, citados por el gobernador civil franquista López Cancio (pág. 377, nota 249), no procedían del integrismo navarro, y eran los más —y en esos años los únicos— *anticolaboracionistas* con el régimen franquista.

Hemos de agradecer el empeño archivístico de don Javier Paredes como acreditado investigador, su encomiable esfuerzo por la recuperación de la biografía y la memoria de los vivos, su buen oficio al enmarcar al hombre en sus coordenadas vitales, sus aciertos sobre la historia de Navarra y de España durante el *desarrollismo*, y la sinceridad de los planteamientos e interpretaciones del autor ante una comunidad histórica concreta como es Navarra.

Desde el empirismo de los datos, con cariño y con respeto, el libro ofrece una visión conjunta de la persona y obras de Félix Huarte. También efectúa una crítica —que desde mi perspectiva no comparto, entiendo que tiene asperezas, y deseo abierta— al *tradicionalismo* de la Navarra que hasta hace poco se nos ha legado, y desentraña el inicio del camino de la industrialización del viejo Reino. Sólo me queda desear que el lector realice una gustosa lectura de un libro que supone, en general, una interesante aportación a la historia de Navarra y de España.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN